

Cuando era niño, mi mamá no me dejaba ver mucha tele. La llamaba "la caja del idiota". Siendo niño, me quejaba de ella, pero ahora veo que tenía mucha razón. ¿Cómo se dice "la caja del idiota" en el Sánscrito? ¡"La caja de maya"! Vamos a ver rápidamente la idiotez de nuestros tiempos en términos de los conceptos que vimos en el último vídeo: maya, karma y samsara.

Pasas todo el día en un trabajo que no te gusta. Llegas a casa cansada, prendes la tele, y ahí ves programas y comerciales que te dicen que eres una basura, entonces vas de compras para remediar el problema, y luego tienes que volver a trabajar para pagar las cosas que compraste que, como todo el mundo sabe, no es la solución a tus problemas sino la fuente de los mismos. Maya es el engaño de la mercadotecnia; karma es el estímulo-respuesta o causa y efecto entre trabajo y compra, trabajo y compra; y samsara es el círculo vicioso que se da como consecuencia.

Volvamos a la sabiduría de mi querida madre para ver este asunto desde otra metáfora. Una vez viendo la tele, vi unos actores en un programa casarse. Entendía el concepto de actor, sin embargo pensaba que por las palabras que dijeron, se habían casado realmente, en la vida real. Mi mamá dijo que no, que no era más que un juego y que no debo tomarlo en serio. Los actores de la tele o el teatro también los llamamos "personajes". En una de sus obras, Shakespeare dice: "El mundo es un gran teatro, y los hombres y mujeres son meros personajes". Shakespeare es muy sabio, incluso más que mi madre, ya que reconoce que el drama, el juego, va más allá de la pantalla o el escenario para incluir todo el mundo. Los personajes del teatro no son distintos de las personas del mundo real. Personaje y persona vienen del latín "persona" que se compone de "per" y "sonat". *Sonat* es "sonar" en español y *per* significa "a través de". Así que, "persona" significa literalmente la máscara que un actor lleva sobre la cara en el teatro griego o romano. La máscara es aquello a través del cual el personaje hace sonar su papel. Pero la idea es que tu persona, tu personalidad, también es una máscara.

Si te acuerdas, en el primer vídeo dije que tu persona o ego es como un foco a través del cual brilla la luz. La luz (el atman) es la misma, independientemente del vehículo (el ego o la máscara) a través del cual brilla. Y pregunté: ¿con cuál te vas a identificar? Ésta es la pregunta de Krishna a Aryuna. ¿Quién es el actor tras la máscara? El problema es que Aryuna, como todos nosotros, es engañado por el efecto de maya por lo que se identifica con la máscara y de ahí provienen los problemas que hemos descrito. La fuente del problema de Aryuna es la ignorancia, en Sánscrito: "avidya". Lo que hay que hacer para pasar de la esclavitud de samsara a la liberación de lo que los hindúes llaman "moksha" es quitar ese "a" para tener conocimiento, no conocimiento de cualquier cosa, sino del principio divino del todo: brahmavidya. Dado que el problema es la ignorancia, la solución tiene que ser algo mental, una transformación de la consciencia. Pasamos de la esclavitud a la liberación por medio de una disciplina mental que se llama "yoga".

En Occidente, pensamos que yoga se trata de sentarte en un tapete y estirarte. Si eres un poco más sofisticado, piensas que se trata de sentarte en un tapete y meditar. La realidad es más compleja. En vez de ser una clase que tomas los viernes en la tarde para relajarte, el yoga de verdad es más bien como estudiar un doctorado. Es un entrenamiento

de la mente bajo la dirección de un gurú muy experimentado que busca transformar su funcionamiento radicalmente.

En el hinduismo, hay cuatro formas tradicionales de yoga: Jnana yoga, Bhakti yoga, Karma yoga y Raja yoga. Podríamos verlos como distintos caminos que conducen todos al mismo destino, una transformación de la consciencia en la que reconoces plenamente tu identidad con el principio divino del cosmos.

El Jnana Yoga es el camino más intelectual o filosófico. Consiste en un cuidadoso análisis lógico en el que uno discrimina los diferentes aspectos o elementos de su ser - el cuerpo, la mente, los sentidos, etc. - para llegar a la conclusión de que uno no es idéntico con esas cosas, sino que en el fondo no es más que el atman. Éste es el camino del conocimiento, parecido a lo que hago en los vídeos de la Fonda, algo de corte netamente conceptual.

El Raja Yoga es el camino de la meditación. Se trata de una disciplina mental, pero se distingue al anterior al ser una práctica más experiencial. En este yoga, uno maneja no tanto conceptos como la propia dinámica mental en general. Se trata de calmar el zumbido mental al retirarse meditativamente de los sentidos y de la actividad de pensar, querer, juzgar, etc. Con tiempo y práctica uno llega a una tranquilidad mental en la que el yo verdadero, el atman, emerge o brilla y uno se identifica con él.

Estos dos tipos de yoga son los más conocidos en Occidente. Lo que visualizamos cuando pensamos en ellos es un yogi ascético, rechazando este mundo y habitando otro. En el texto, Krishna dice: "Quien, al igual que la tortuga, vierte su conciencia hacia dentro, replegando sus sentidos de atracción que ofrecen los placeres externos, éste posee ecuánime sabiduría". Este ascetismo es lo que va a rechazar el Buda más adelante pero para el hinduismo es un paso importante. Para desengañarse del efecto de maya hay que desligarse de sus ilusiones, no para permanecer en un mundo etéreo sino para poder volver al mundo de la vida con una nueva mentalidad.

Bueno, pasemos a los últimos dos tipos de yoga. El Bhakti yoga es el yoga de la devoción. Su meta es la misma que los dos caminos anteriores, pero logra esta identificación con lo divino no a través del intelecto sino del amor.

La última forma, el Karma-yoga, es la menos conocida, al menos aquí en Occidente, pero quizá la más importante, al menos para Aryuna. Es que nuestro príncipe no es un estudioso, no es apto para captar las finezas de los argumentos intelectuales, ni dispuesto a pasar años meditando. Lo suyo es la acción, la dimensión social de la vida. Krishna sabe eso, y por lo tanto dedica mucho tiempo a esta vía de liberación. Podemos realizar lo divino dentro de nosotros al disciplinar nuestro actuar.

La idea clave en el karma-yoga es la renuncia. Para ser libre, dice Krishna, hay que renunciar. ¿Renunciar qué? ¿Comida, sexo, dinero, la tele? ¿Hay que dar dinero a los pobres en la calle o, lo que es peor, vivir como un monje, casto y pobre? ¿Esto es la libertad? Si es así, no extraña que muchos están contentos en la esclavitud de su jaula dorada. Pues no es así, no te preocupes. Aunque la simplicidad en cuanto a la vida material es preferible, la renuncia de la que habla Krishna no es material. El énfasis, como siempre en estas filosofías de oriente, es en lo mental.

Lo que se renuncia no son cosas materiales sino el apego egoísta a cosas materiales, incluso, y quizá más importante, el apego que tenemos a las personas. El Bhagavad Gita fue la Biblia de Mahatma Gandhi y la enseñanza sobre el karma yoga y la renuncia fue su mandamiento principal. De la misma manera que Jesús redujo los 10 mandamientos a uno sólo, el de amar a Dios y a tu prójimo, Gandhi redujo los múltiples consejos de Krishna a sólo uno: nishkama karma - la acción no egoísta. ¿Has oído hablar de la Kama Sutra? La palabra "kama" significa "deseo". Nishkama karma, por tanto, significa literalmente "acción que se hace sin el deseo egoísta".

Entonces, ¿hay que renunciar el deseo? Ésta es la conclusión pesimista a la que llegó Schopenhauer, que hay que extirpar el deseo para hundirse en un estado de tranquilidad ascética. Schopenhauer se equivocó, pero que bueno, porque su error es lo que le inspiró a Nietzsche a escribir "El nacimiento de la tragedia", su gran canto a los Griegos y su afirmación de la vida.

El deseo es el motor de la vida. Gracias a él existe la pluralidad y complejidad de la vida. Pero "kama" no es deseo sino el deseo egoísta, lo que más adelante el Buda llamará "tanha" o "sed", ese anhelo compulsivo por algo que domina cualquier otra consideración, como el deseo que tiene el drogadicto por su droga. Ese deseo egoísta es lo que nos lleva a vernos como aislados del resto de la vida, como un agregado de individuos compitiendo en un gran cálculo por la satisfacción personal. Lo que hay que renunciar es el tipo de acción que se hace con base en este deseo sediento.

Actuar así es más difícil de lo que parece. No consiste simplemente en hacer buenas obras, como donar tu tiempo o dinero a otros. Aun cuando tu obra les beneficie, no necesariamente te beneficia a ti porque puede que lo hagas por un motivo egoísta, por ejemplo, les das dinero al pobre en la calle para que tu novia piense bien de ti. Objetivamente es una buena obra, pero no es yoga debido al estado mental. Si le das al pobre renunciando todo beneficio para ti mismo, para tu ego, entonces eso sí es yoga. La diferencia es que este segundo acto empieza a desenredarte del ego, rompe un poco el hábito de identificar tu bien con tu ego. Al igual que en el acto egoísta, puede que su novia piense bien de él. Tus actos tendrán frutos que puedes disfrutar, es sólo cuestión de no aferrarte a esos frutos. Si te aferras a los resultados de tus actos, realmente no puedes disfrutar lo que haces. Si no satisfaces tu deseo, te molesta o te deprimes; si lo satisfaces, te aferras al resultado con más desesperación. En cambio, la persona que actúa sin deseo egoísta está libre porque, pasé lo que pasé, bien o mal, éxito o fracaso, actúa con una mente tranquila, y dado que no está llevada por la manía de control, los resultados muy probablemente serán mejores.

Todos hemos contado alguna mentira. Esa mentira tiene consecuencias que hay que atender al contar, normalmente, más mentiras, y así sucesivamente. Controlar la cadena de mentiras es muy difícil y casi nunca termina como uno quisiera. Podemos comparar la mentira con el acto egoísta. La cadena de mentiras es como las consecuencias kármicas de nuestros actos egoístas, muy difíciles de controlar. Mucho más fácil es decir la verdad. Así no tienes que preocuparte de nada. Actuar de forma no egoísta es como decir la verdad.

Otra forma de entender esta noción de renuncia o sacrificio es como una interiorización del sacrificio pagano tradicional. Históricamente, muchas sociedades han

sacrificado animales o incluso seres humanos para propiciar los dioses. Hoy en día lo vemos como algo bárbaro, pero su significado filosófico es muy importante. En la India, como hemos visto, manejan la idea de un principio divino, brahman, que se vacía o se despliega creando así el mundo fenoménico. Esta actividad es una especie de sacrificio. Pero para que brahman no quede totalmente vaciado, para que la dinámica continúe, tiene que haber reciprocidad, el sacrificio tiene que ir en el sentido contrario de modo que los individuos vuelvan a ese principio divino para recargarlo, por así decirlo.

Es importante entender que eso no sucede de forma material sino espiritual. Este sacrificio se lleva a cabo tanto de forma ritual o ceremonial como de forma personal en el karma-yoga. Al reconocer y actuar uno de acuerdo con su identidad con el principio divino y no con su ego particular, el mundo se renueva. El sacrificio de Jesús en la cruz es un ejemplo perfecto de esto. El problema es que no interpretamos su sacrificio espiritualmente sino histórica o literalmente. Según nos cuentan, Jesús murió por nuestros pecados. Cuando compras algo con una tarjeta de crédito, hay que pagarlo después. Nosotros compramos algo con el pecado original de Adán y Eva y luego Jesús lo pagó con su sacrificio. Cuenta saldada. Lo que hizo Jesús fue una vez por todas, ya no hay nada más que hacer, ningún sacrificio que hacer.

Para el hinduismo, esto pierde el punto por total. Si lo vemos literalmente, Jesús fue al cielo en alguna región trascendente. Si lo vemos simbólicamente, Jesús fue no hacia fuera sino hacia adentro, hacia su consciencia, al Atman, la fuente de todo o, en las palabras de la Biblia, el Reino de Dios. El chiste es que ese reino no está en el cielo sino en tu parte más hondo. El sacrificio de Jesús, desde el punto de vista hindú, no fue precisamente su muerte sino el karma yoga que practicaba en vida, el hecho de comer con prostitutas y asociarse con leprosos y todos aquellos que la sociedad rechazaba. Si Jesús se hubiera interesado en su ego, se habría convertido en un rabino con mucho dinero y poder, pero no, sacrificaba semejante deseo egoísta para reconocer la humanidad y de hecho la divinidad de todos los que le rodeaban, un estilo de vida que tuvo un costo muy alto. Sin embargo, a través de su sacrificio, encontró la misma fuente de la vida. Esa fuente no es algún dios en las nubes sino la propia energía vital y divina de uno cuyo poder consiste en soltarse y regalarse como si fuera un pozo que nunca se acabara. Esa energía se sacrifica no al señor de las nubes sino al propio mundo del que uno forma parte, un mundo que rebosa de la divinidad de brahman.

En términos prácticos, uno actúa por el bien del mundo en vez de la gratificación de deseos personales. Podemos actuar de forma egocéntrica y así enredarnos más en la red de karma o podemos renunciar el ego en este espíritu de sacrificio y así realizar lo divino que somos. Para terminar, veamos esta imagen que encontramos en la Biblia de la Torre de Babel. La construyeron para que alcanzaran a Dios, para que fueran como él. En el hinduismo no hace falta semejante torre. Lo que nos separa de lo divino no es el espacio sino la ignorancia.

Bueno, como había comentado, el hinduismo es un fenómeno muy amplio. Aquí hemos tocado lo esencial de la parte más reconocida y a mi juicio importante, la Vedanta, y sus textos de los Upanishads y el Bhagavad Gita. Espero que con esto les facilite una lectura más profunda y enriquecedora de estos grandes textos.